

Asilvestrados

Jeanneth Yépez Montúfar



Asilvestrados

Jeanneth Yépez

Jeanneth Alexandra Yépez Montúfar

Es Doctora en Antropología Social por el Posgrado del Museo Nacional de Historia de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Sus líneas de investigación son: La creación de lo cognoscible y la invención de los contextos culturales; Las relaciones entre pueblos afrodescendientes e indígenas en Ecuador y Brasil; El sentido plural en la gestión cultural. En torno a estos temas ha producido textos, fotografías, muestras museológicas. También es miembro fundadora del movimiento social Coalición Intercultural del Río Cayapas y parte del comité organizador de los Festivales a Rivera de Río que se realizan cada año en el mes de noviembre en la Selva Occidental del Ecuador. Actualmente es Gestora de Investigación en el Museo de la Ciudad.

Agradecimientos

Fundación Pumamaqui, representada por Ricardo Buitrón e integrada por Rubén Bustamante, Elena Rodríguez y Roberto Pozo.

Introducción

“Territorios que sanan” fue el proyecto de exposición temporal en el Museo de la Ciudad que, durante el año 2023, creó una importante relación con la red de actores sociales y agentes de salud organizados en la Asociación Primero de Mayo, siendo las hierbateras y sus saberes, los protagonistas. La exposición puso en valor a la Herbolaria Andina y los usos y saberes vivos derivados de ella. De igual forma, al traer al ojo público estas prácticas asociadas al cuidado de la vida, surgieron planteamientos fraternos con la idea de la tierra, la naturaleza y su presencia en los espacios públicos, más allá de su función ornamental.

La Fundación Pumamaqui, entidad no gubernamental que trabaja en el diseño, promoción y ejecución de programas y servicios de desarrollo comunitario para garantizar la protección del ambiente, ha colaborado en la ejecución de proyectos socio ambientales en la ciudad de Quito como parte de su experiencia en áreas verdes urbanas y espacio público. En ese contexto, propuso al Museo de la Ciudad la idea de transformar el espacio ornamental ubicado en el Patio Republicano, en un “Jardín Silvestre”. Con este fin, dio inicio a un proceso de intercambio de plantas, así como de enfoque en su cuidado, pues, como veremos más adelante, el principal proceso que distingue a un jardín silvestre de cualquier otro es la posibilidad de regenerarse a sí mismo, al permitirle tiempo y espacio suficiente para que las especies vegetales puedan crear un puente con las especies polinizadoras, para la producción de semillas.

Con el objetivo de poner en valor a estos procesos, se llevó a cabo una investigación base para concretar una idea pionera: abrir el

Jardín Asilvestrado a la manera de una muestra que rescate las mediaciones entre los seres humanos –la ciudadanía– y los seres vegetales –la naturaleza. La investigación dio como resultado la existencia de diversas capas asociadas a saberes, sentires y procesos socioculturales, propios de la creación de una “cultura silvestre para el mundo urbano”, a través de un espacio ubicado en el corazón del Centro Histórico y en un edificio patrimonial.

A lo largo de este trabajo, se expondrán estas capas de saberes al proceso de vida que se ha producido en los 14 meses en los que las nuevas especies silvestres han conseguido crecer y adaptarse de forma exitosa.

Este documento inicia con un breve contexto histórico que busca asociar la genealogía del concepto asilvestramiento con su historia y con la existencia patrimonial del Hospital San Juan de Dios. A continuación, se ofrece una descripción general de las capas de saberes descubiertas en el **Jardín Asilvestrado** y sus cuatro cuadrantes.

**el principal proceso
que distingue a un
jardín silvestre de
cualquier otro es
la posibilidad de
regenerarse a sí
mismo**

Los cuatro cuadrantes y las capas de saberes del jardín silvestre del Museo de la Ciudad

El concepto de asilvestramiento nació en la Europa del siglo XX (Barbadillo, 2016) como parte de las intervenciones paisajísticas que cuestionaban la idea de la domesticación del caos de la naturaleza, materializada en los Jardines del Palacio de Versalles del siglo XVII y, desde entonces, con una enorme influencia y posicionamiento en la historia del arte y de la arquitectura, debido a que esta idea fuerza acompañó también el proyecto político que ahí se gestó (Ferrero de la Vega, 2020). Así como el diseño exterior e interior del Palacio implicó la creación de un mundo en el que se domesticó a la política feudal a través de la escenificación precisa de opulentos rituales, en los que cada instante de la vida se jugaba entre el artificio estratégico por obtener los favores del Rey Luis XIV y el peligro de caer en desgracia frente a los ojos del monarca, el diseño de los jardines que acompañaban semejante re-construcción del mundo político debía dejar claro que la vida feudal y sus vínculos emocionales y afectivos con la tierra, los ciclos agrícolas, la autonomía y las expectativas propias eran, desde aquel instante, parte de otra vida.

Los Jardines de Versalles fueron diseñados para rendir culto al triunfo del monarca y su proceso civilizatorio, aún sobre la naturaleza. Versalles fue en todo momento un jardín cortesano, en donde el Rey cuidó con celo la existencia de plantas llegadas desde sitios remotos, sin importar el coste de su traslado. Fue así como, entre diversas especies llevadas a Francia desde África, Asia y la misma Europa, arribaron otras de América del Sur. Por ejemplo, el heliotropo morado, cuya magnificencia cromática aportó significado a la precisa simetría con la que los jardines así domesticados, guardaban coherencia con las apariencias de la política de la Corte. La fama

de esta concepción paisajística atravesó toda Europa, mezclándose con las ideas y preferencias culturales del resto del mundo conocido (Ferrero de la Vega, 2020).

En España, la presencia de patios interiores con fuentes de agua centrales fue una herencia del Imperio Otomano y del mundo árabe, a la que también se integró la moda de los jardines “afrancesados”. No obstante, esta influencia estuvo combinada con la presencia anónima de patios aldeaños, en donde se practicó la siembra de especies medicinales, propias de la herbolaria cotidiana, y cuya presencia creció o decreció a lo largo de los siglos, dependiendo de la interpretación político-religiosa de la España Católica y sus leyes de persecución a la brujería y a la farmacopea (Capitel, 2005).

Así las cosas, vemos que la profunda relación entre las plantas, la alimentación y la salud hace parte de la existencia de los seres humanos como especie. Y dado que se trata de una especie cuyos orígenes precisos aún no han podido ser identificados con toda claridad, el misterio que se configura ha ido a parar a las profundidades de la psique individual y su relación con los arquetipos colectivos (Jacobi, 2021).

Lo que se propone a partir de este enfoque es que las vivencias y políticas de corte religioso que se implantaron en el Hospital San Juan de Dios, desde su creación en el siglo XVI, estuvieron muy probablemente atravesadas por este sentido de comunicación entre las plantas de propiedades medicinales, aquellas que en los huertos servían para la alimentación y las que evocaban las condiciones de domesticación política de los espacios ornamentados. En otras palabras, la concepción cuasi purista de la domesticación de la naturaleza con fines políticos ha convivido en este hospital andino-americano, con la pujante presencia de la naturaleza silvestre o no-domesticada.

Una de las pruebas a favor de esta hipótesis la tenemos en los estudios históricos del Hospital San Juan de Dios de Quito, donde se dice que el espacio de la huerta existía –cerca de la cocina– para favorecer la alimentación cotidiana, tanto de las personas enfermas cuanto de las que cuidaban de ellas (Moreno *et al*, 2011). Así mismo, se habla de la farmacopea, la botica y los boticarios de la ciudad, quienes aprovecharon *in-situ* los importantes descubrimientos que para el mundo supusieron las especies vegetales encontradas en suelo americano, descubiertas inicialmente por los habitantes originarios y re-descubiertas y catalogadas después, a través del método científico utilizado en Europa.

La huerta de plantas comestibles y medicinales del Hospital San Juan de Dios tenía fines específicos y funcionales. Plantas, cuidadores, boticarios y científicos de la época, tanto varones como mujeres, estuvieron en contacto con los saberes de los yachaks andinos, quienes a su vez eran los depositarios de las redes de conocimiento tejidos con poderosos sabios

de la Amazonia y del Bosque Tropical del Occidente del Ecuador¹. Estos saberes y epistemes se mezclaron de manera abigarrada con el sincretismo religioso, la salud pública y la vida cotidiana, marcando intersecciones que dejaron su huella en la arquitectura del Hospital, hija de su época y de la clasificatoria dualista: las plantas comestibles y medicinales para las huertas, las ornamentales para la vista.

Y así, nos encontramos una vez más con la idea inicial de este acápite: el mensaje de domesticación de la naturaleza, del orden sobre el caos, de la apariencia estética por sobre los procesos de vida, de la dicotomía imperante como forma hegemónica de relacionarnos con la naturaleza. Tomando en cuenta que el razonamiento binario forma parte de las herramientas cognitivas de los seres humanos, la crítica ofrecida a través del concepto de asilvestramiento es más hacia la hegemonía de las dicotomías y su tendencia de auretizar a la humanidad por sobre el resto de seres que pueblan el planeta.

Desde este punto de vista, la existencia predominante de espacios verdes públicos en los que domina la idea de domesticación es la que es criticada a través del asilvestramiento, cuya apuesta política y conceptual coincide también con la siguiente pregunta: ¿se puede pensar un mundo que no coloque barreras unilaterales entre la naturaleza y la cultura?

El concepto de asilvestramiento hace alusión a un proceso vinculado al ciclo de la vida/muerte/vida. Es decir, desde su misma concepción quiebra la dicotomía absoluta vida y muerte, contemplando un enlace que ofrece la posibilidad de futuro y alimenta la función trascendente, tan cara a la preservación de la psique de los seres humanos (Carretero, 2011). El asilvestramiento incorpora también la idea fuerza de que “lo único que permanece es la impermanencia”, estructura de pensamiento que encontramos enunciada en el pensamiento andino, afrodescendiente y amazónico, y que guarda coincidencias con las ideas presocráticas que desde Heráclito han inspirado a pensadores y pensadoras comprometidos/as con la investigación de procesos cíclicos que acontecen tanto en la naturaleza cuanto en los individuos y las sociedades (Eggers *et al*, 2016). Asilvestrar hace también una fuerte alusión a des-domesticar, a re- encontrarnos con la autonomía de la Naturaleza y su derecho a Ser, como nosotros también somos. Y, por supuesto, a reconectar las redes de comunicación que transforman la política de las apariencias en contenidos políticos, donde los árboles, los animales y los minerales son tan sujetos como nosotros, la especie humana (Haraway, 1991). Al respecto de estas ideas, encontramos que el proceso de asilvestramiento guarda importantes semejanzas con los principales aportes de la Antropología de fines del siglo

1 Estos antecedentes forman parte de un estudio en ciernes sobre la geopolítica simbólica del Ecuador Horizontal, cuya hipótesis alude a la existencia de intercambios estratégicos de conocimientos, semillas de plantas de poder y acceso a la expansión de conciencia, a través del compartir de sabios y sabias de las tres regiones natural-simbólicas del Ecuador: La Selva Occidental, Los Andes y la Amazonia.

XX y las décadas transcurridas del presente siglo, donde el giro gnoseológico hacia la reinterpretación de la humanidad en sí misma se ha concentrado en la naturaleza como fuente de ciencia, arquetipos y contenidos políticos, geoespaciales, entre otros (Escobar, 1999).

Para la mejor comprensión del fenómeno del asilvestramiento y su presencia en un espacio patrimonial, como una experiencia pionera en la creación de una cultura ciudadana que recupera la conciencia de la verosimilitud de las alianzas comunicativas entre el mundo natural y el humano, tomamos el aporte de Phillippe Descola (2013), antropólogo pos-estructuralista que propone cuatro experiencias humanas que demuestran que nuestro vínculo con la naturaleza. Lejos de ser superior o únicamente dicotómico, es capaz de atravesar toda la experiencia ontológica de la humanidad, respetando además la diversidad cultural y de pensamiento con que esta se presenta:



Fuente: Elaborado a partir de la propuesta de Phillippe Descola (2013), *Más allá de la naturaleza y cultura*. Amorrutu Editores, Buenos Aires, Argentina, página 128

La interpretación de esta síntesis alude a que en el mundo existen cuatro tipos de experiencias mediante las cuales las diversas sociedades, pueblos, nacionalidades o grupos culturales se relacionan con la naturaleza: animismo, naturalismo, totemismo y analogismo. En el **animismo**, los seres humanos nos reconocemos semejantes con los seres vegetales y animales, al

compartir un alma común, en tanto que nuestra manifestación física de ese común es diferente. El **naturalismo** reconoce que el alma humana tiene una especificidad, en tanto como especie compartimos los mismos elementos que constituyen nuestros cuerpos y órganos anatómicos y físicos.

El **totemismo** es una perspectiva a través de la cual los seres humanos somos capaces de compartir, de manera simultánea, la comunicación del mundo álmico interior y también las características físicas de plantas y animales. Se trata del tipo de experiencias que acumulan a lo largo de sus vidas los uvishin, mirukus, shamanes y otros. El **analogismo**, finalmente, está vinculado al método científico desarrollado en Europa y a los métodos precursores o similares desarrollados fuera de ella donde interviene el razonamiento lógico para clasificar, nombrar y sistematizar a los elementos de la naturaleza, así como para analizar las diferencias físicas y álmicas de los diversos seres. El analogismo es parte también del desarrollo del razonamiento lógico de los seres humanos en la etapa de la infancia.

Como podemos observar, la ciencia antropológica ha comprobado de diversas maneras la existencia de la barrera naturaleza/cultura, como eminentemente artificial. Así mismo, en un afán por volver aprehensible el complejo razonamiento de los pueblos y nacionalidades afro e indígenas del Ecuador y de otros países, sobre la plausibilidad de nombrar a los seres de la naturaleza como sujetos de derechos, se ha establecido una analogía a lo que sucede con las relaciones interculturales:



Fuente: Yépez, Jeanneth (2007). El Sentido Plural: relaciones entre los pueblos Negro y Chachi del Norte de Esmeraldas. FLACSO- ABYA-YALA. Quito, Ecuador, página 51

La explicación del gráfico es la existencia del ciclo vida/muerte/vida en la selva occidental del Ecuador, como proveedor de los insumos para el establecimiento de la organización sociopolítica y socioeconómica existente entre el pueblo afroecuatoriano y la nacionalidad Chachi. El mutuo entendimiento entre la naturaleza y estos grupos humanos, así como la comprensión profunda de sus ciclos y sus seres, ha permitido que ambas apuestas civilizatorias vivan sus conflictos sin llegar a soluciones de exterminio o extrema violencia. Esta compleja forma de construcción política es la base de los Derechos Colectivos, Derechos de la Naturaleza y Sumak Kawsay contenidos en la Constitución del Ecuador.

Volviendo entonces a la pregunta de este acápite, proponemos el asilvestramiento como una respuesta viva y sugerimos que el concepto rector de la exposición **Asilvestrados** sea: *Los seres humanos y los seres no-humanos de los mundos vegetal, animal y mineral no se encuentran absolutamente separados y, por tanto, es posible establecer relaciones comunicativas significativas que permitan la creación de un “nosotros”. Todos estamos unidos por el ciclo de la vida que inicia, la que se desarrolla y la que, al terminar, se transforma en una nueva forma de vida.*



Los cuatro cuadrantes y las capas de saberes del jardín silvestre del Museo de la Ciudad

Las temáticas que se muestran en el **Jardín Asilvestrado** del Museo de la Ciudad están ancladas a los cuatro cuadrantes arquitectónicos del espacio, mismos que ofrecen cuatro contextos. En cada uno de ellos, existen diversas capas de saberes combinadas. Es por ello por lo que, para comprender lo que se intersecciona en cada tema/cuadrante, desarrollaremos primero los contenidos de cada una de las capas de saberes encontradas.

Capas de saberes

Como se enunció en la Introducción, la investigación realizada sobre el proceso del asilvestramiento en el Patio Republicano del Museo de la Ciudad dio como resultado la existencia de 13 capas de saberes. Para obtenerlas se utilizaron técnicas cualitativas combinadas con métodos de interpretación antropológica, comprendiendo que cada capa responde a un contexto interrelacionado con las demás, pero en la que predomina un saber específico, que le otorga identidad.

Capa científica y del Hospital San Juan de Dios

La capa vinculada a la ciencia en el **Jardín Asilvestrado** se encuentra anclada al suelo histórico del Hospital San Juan de Dios. Desde el siglo XVI en el que fue fundado, la relación con el cuidado de las humanidades heridas se ha ido configurando a la manera de un palimpsesto. Desafiando la cronología lineal, los seres vegetales que ahora habitan aquí remiten inevitablemente a la red de los descubrimientos científicos, pero también a la historia de la ciencia hecha en la Real

Audiencia de Quito (Moreno, 2011). Esta tierra, antes del siglo XVI, tenía otro significado y otros usos. Fue parte de la Pachamama, un concepto inmenso en su abstracción, sin traducción exacta posible y que, sin embargo, comprendemos. Es a ese fenómeno cognitivo que la Psicología Analítica Profunda denomina sentido de la trascendencia o comprensión arquetipal (Carretero, 2019).

Los registros del conocimiento medicinal desaparecieron, no así el conocimiento en sí mismo que, subsistiendo en su forma epistémica y práctica, dialogó secretamente con las formas de sanación que la cultura popular hispánica trajo consigo, pues fue en la tierra y no en los cuerpos humanos en donde se dio la primera mixtura. Las hierbas que sanan y los vegetales que alimentan fueron utilizados por la farmacopea y transformados en los siglos subsiguientes por la interpretación del método científico. Americanos y americanas universales, como Eugenio y su hermana Manuela Espejo, dedicaron su vida al registro herbolario y en el caso del hermano varón –al único al que en la época le estaba abierta la posibilidad de realizar estudios formales– las investigaciones sobre las bacterias, la higiene y los compuestos hechos a base de las plantas de su tierra natal, le valieron, simultáneamente, la admiración de la academia europea junto a la persecución y la muerte en la Audiencia de Quito.

En este suelo, un día se cultivaron las plantas que maravillaron a los expedicionarios del siglo XIX, siendo la expedición de Humboldt y Bonpland una mezcla de leyenda y hecho científico. Si bien es cierto que no fueron los europeos los que trajeron una episteme profunda, capaz de clasificar, producir conocimiento y transmitirlo, también se debe reconocer que, en medio de la destrucción del colonialismo, el método científico contribuyó a una sistematización más universal (Ruales y Cornejo, 2020).

En el **Jardín Asilvestrado** dialogan ambas posturas y es, por ello, que en el censo de especies vegetales se han registrado los nombres científicos, pero también los cotidianos e inclusive algunos de origen kichwa. La herencia del método científico vinculado a la botánica nos ha permitido registrar 18 especies y 131 plantas y al menos un ecotipo específico del jardín.

Dentro de la taxonomía, una familia representa el lazo filial genético de las especies, correspondiendo estas últimas a una clasificatoria exclusiva. Las especies pueden tener un origen foráneo, nativo, endémico o localizado. El foráneo hace referencia a especies que llegaron de otras partes del mundo. Por ejemplo, el agapanto africano, que, por su exuberancia, tamaño, color y exotismo, fue durante la época colonial un símbolo ornamental de riqueza. Las especies nativas, como el heliotropo, nacieron en América, en tanto que las endémicas corresponden únicamente a un solo lugar. En cuanto a los ecotipos, estos se relacionan a variaciones específicas que aparecen, a la manera de un milagro de la biología, gracias a que esa planta se domesticó, es decir, alcanzó libertad para que sus genes se expresaran

libremente. En el **Jardín Asilvestrado**, tenemos plantas que representan todos estos fenómenos.

Capa de los animales polinizadores

Según los estudios realizados por las entomólogas ecuatorianas que hacen parte de la red de protección de los polinizadores, el fenómeno global de posible extinción de abejas, abejorros, buecos y otros insectos que ayudan al proceso de fertilización y reproducción de especies vegetales en nuestro país, nos ha golpeado con fuerza. Aquí, como en otras partes del mundo, el colapso de colonias –es decir, la incapacidad de las abejas de volar de regreso a sus panales por la interferencia de un agente externo (Naranjo *et al*, 2019)– ha provocado una baja importante de la población apiaria. Debido a que se trata de insectos cuya existencia depende de una delicada red de procesos en los que interviene toda una cadena biótica y climática, su regeneración no puede realizarse a través de procesos simples de repoblación. La ubicación de últimos especímenes para su protección no es posible, debido a su tamaño y versatilidad.

Es por ello por lo que la recomposición de la cobertura vegetal, la siembra de especies que los convocan y la posibilidad de crecer a su haber, es decir, el uso de la tierra para territorios asilvestrados, es la única posibilidad para que regresen. Y como todo en la naturaleza es un ciclo minucioso, con su regreso el proceso de liberación de las especies se produce gracias a que poco a poco van recuperando la capacidad de producir semillas. A su vez, estas semillas pueden ser llevadas por los mismos insectos, pero también por el viento y por los pájaros.

La capa del mundo de las relaciones polinizadoras está sujeta a descubrimientos, observación y cambios constantes. Los insectos y pájaros exploran primero el espacio y, gracias a un complejo sistema de comunicación, bastante bien estudiado entre las abejas, pero todavía no lo suficiente entre otras especies, informan a los miembros de su colectivo que en tal o cual lugar existe alimento y/o posibilidades de anidar. Es por ello que, alrededor del mastuerzo, las hortensias, los heliotropos, los aretes, los guantusillos, los chochos, los ashpachochos y otras floraciones en libre crecimiento del **Jardín Asilvestrado**, ya se han podido avistar buecos, abejorros, mariposas y colibríes, esperándose la llegada de otros pájaros asociados al proceso de polinización de las diversas especies sembradas actualmente.

En el censo del **Jardín Asilvestrado**, mostramos las especies –entre insectos y pájaros– de amigos polinizadores que nos han visitado. Tenemos la esperanza de que ya hayan llevado la noticia a sus congéneres y que pronto, gracias a ejercicios profesionales de avistamiento, podamos identificar y hasta descubrir a los seres que visitan este oasis de vida silvestre.

Capa del sustrato o suelo

La humanidad y las especies de los reinos animal, vegetal y mineral con las que hemos podido relacionarnos viven en la superficie del planeta. Según nos refieren los especialistas, la capa fértil de la tierra tiene un grosor aproximado de 50 centímetros. Comparada con las innumerables capas que configuran el planeta hacia lo profundo, diríamos que los humanos nos relacionamos apenas con la piel del planeta. Es de esta delicada capa de la que depende la existencia de la vida que conocemos.

Estos 50 centímetros corresponden a lo que se conoce como el sustrato y en él se alojan los principales nutrientes –Nitrógeno, Potasio y Fósforo (NPK)– que la tierra necesita para ser fértil. Los elementos químicos y su balance dependen, a su vez, del equilibrio de la cadena trófica y de las relaciones armónicas del ciclo de la vida, supeditadas de manera abigarrada a las condiciones climáticas. Es aquí donde la especie humana, erigida para bien o para mal como la directora de orquesta del Antropoceno, tiene la batuta y, por tanto, la responsabilidad de crear una sinfonía universal o una tromba de ensordecedores y destructivos ruidos.

El cambio climático, la deforestación y la economía de vocación extractivista han destruido el sustrato –la piel del mundo– hasta desfigurar territorios enteros en las selvas, bosques, sistemas hídricos y hasta en territorios desérticos. Las prácticas de consumismo y un estilo de vida que cultiva la ignorancia con respecto a la naturaleza y sus procesos han puesto en peligro real la vida de la tierra.

Puesto que el mantenimiento del **Jardín Asilvestrado** se encuentra lejos de los manuales convencionales de jardinería y paisajismo, ya que se está ligado más bien al ejercicio vivencial de observación y acompañamiento de los seres del reino vegetal y animal, la situación del sustrato es de vital importancia. Sabemos que en este suelo ya se encuentran las lombrices que trabajan, oxigenan y nutren la tierra gracias a sus detritos. También se han avistado los “puerquitos de la humedad”, algunas arañas que permiten el control de plagas y ciempiés. Con la finalidad de que el suelo esté cada vez más enriquecido, en uno de los cuadrantes del parque se colocarán sapitos cutín y lagartijas negras, obteniéndose así uno de los suelos re-naturalizados más ricos, asentados en un espacio patrimonial.

Capa de la memoria vegetal y de la utilidad plural

¿Cómo sobreviven los conocimientos cuando por algún motivo no pueden ser registrados o cuando los registros son destruidos? Recordando que los saberes sobre las especies de plantas en América fueron probablemente registrados en sistemas, como los quipus, y tomando conciencia de lo terrible que fue la destrucción de estos repositorios de conocimiento, hemos

de entender que las evidencias sobre los usos medicinales, comestibles, ornamentales y simbólicos de plantas, pájaros e insectos, fueron transmitidos intergeneracionalmente gracias a las prácticas tradicionales acaecidas en ese espacio alquímico que son las cocinas y en ese mundo de comunicación profunda que son los huertos y jardines.

En las cocinas de Quito se gestaron los experimentos gastronómicos que dieron forma a varias tradiciones culinarias que nos acompañan hasta nuestros días. En el **Jardín Asilvestrado** la inspiración gastronómica se ha combinado de una forma bastante sofisticada con la experiencia internacional de las ensaladas con pétalos florales, que fue la que inspiró la siembra de mastuerzo, aretes y otras especies que, llevadas desde Ecuador hasta otras latitudes, se utilizan para la preparación de ensaladas frescas y guarniciones de delicado sabor. Las hojas de achira, utilizadas como envoltorio para tamales y quimbolitos, se encuentran sembradas junto al ashpachocho – especie silvestre cuyas semillas le permiten autonomía reproductiva– y el chocho, planta harto conocida en Quito, y cuyas semillas cosechamos como fuente de alimentos para cucayo, acompañamiento de sopas, ensaladas, harinas y otros versátiles usos a través de los cuales podemos aprovechar sus ricos nutrientes. En el jardín también crece un árbol de aguacate, otro de guaba y arbustos de uvilla y moras de castilla. Para el cambio de la cobertura vegetal que reemplazó al césped común, se ha tomado en cuenta a la hoja de olácea, o menta africana, planta con la que también se puede preparar un té relajante y medicinal. En otro espacio crece el sigse, una especie de totora queridísima por quienes cada año construyen cometas para hacerlas volar en los veranos quiteños.

Nombrar esta diversidad nos obliga a pensar en el sentido plural, en la clara invitación que estos seres nos hacen para configurar un nosotros, en el que somos capaces de dialogar y de volar con el conocimiento intuitivo hacia la imaginación misma de las plantas y registrar las conversaciones entre el agapanto y las hortensias, las vicisitudes de los aretes y las altas expectativas del guantusillo, principalmente debido a la fama de sus abuelos, los guantos, y sus increíbles poderes. Podemos comprender el recado del abejorro, la preocupación de la mariposa por no poder acceder con libertad al espejo de agua de la pileta central. O las alertas sobre la gata Campanita y la necesidad de comunicarse de inmediato con insectos aliados o con procesos químicos que exhelen olores que la disuadan para controlar su naturaleza felina y cazadora. La capa de la memoria vegetal explora el recuerdo, pero, sobre todo, la imaginación, haciéndole justicia y reconociendo el secreto escondido detrás de los Derechos de la Naturaleza: que todos los seres participamos de una subjetividad común que nos dignifica como seres vivos, no solamente porque estamos aquí y morimos, sino porque hemos estado aquí, estamos ahora y estaremos.

Las capas de la creatividad humana: contemplación, símbolos, mitología y artes

La conexión con la naturaleza invita a la imaginación y la introspección a afinar la mirada un poco más allá de la observación. La contemplación de un espacio vivo nos permite afinar la función trascendente, es decir, aquella habilidad de la psique humana para interseccionar el *illo-tempore* con la vida cronológica. Esta capacidad es la que le permite a la especie humana comunicarse a través de la creación simbólica.

El principal producto epistémico trascendente que produce el individuo, en relación con la colectividad, es el mito. Al tratarse de relatos que condensan mensajes universales, susceptibles de tener tantas versiones cuanto personas lo relaten, su riqueza simbólica nos permite ir al encuentro de narrativas profundas capaces de alimentar y fortalecer la experiencia cognitiva. En el parque asilvestrado tenemos la oportunidad de ver la vida en desarrollo y de comprobar, por ejemplo, que los chanchitos de la humedad y las lombrices son capaces de crear y formar la tierra, del mismo modo que las deidades de los pueblos amazónicos. También podemos observar como el Heliotropo es una flor asociada a la mitología griega, en donde encontramos la historia de una persona joven que, amando al Dios Helios, terminó convertida en esta flor, cuyo nombre honra un amor en conflicto. El colibrí, el pájaro polinizador, principal símbolo del territorio ancestral de Quito, es parte también de la mitología Azteca, pues representa a Huitzilopochtli, el dios del sol y de la guerra. En el **Jardín Asilvestrado** se han avistado, al menos dos de las 55 especies de colibrís que se sabe existen en el Distrito Metropolitano de Quito, declarada por Juan Manuel Carrión, “la capital del colibrí”, y cuyo “vuelo sobrenatural” le ha valido también en estas latitudes una profunda relación con la luz solar y aspectos simbólicos de transformación. Así mismo, el **Jardín Asilvestrado** es un espacio a través del cual se puede poetizar, escribir música, inspirarse para la creación de una coreografía, pues al romper con la dicotomía plantas medicinales (espacios secretos) versus plantas ornamentales (espacios públicos), se destaca la belleza de la vida misma. Captar la poética de esa vida en constante transformación, hace parte de las sensibilidades que mueve el **Jardín Asilvestrado**, así como también nos ayuda a crear intersecciones entre las concepciones del tiempo, permitiendo contar “las otras historias” que mueven y alimentan la cronología y la historia que de este espacio y del Museo de la Ciudad, se contará como parte de las transformaciones del Patio Republicano en el siglo XXI.

Capa del agua, el aire y los elementos

El cambio climático y sus consecuencias, así como la historia medioambiental, forman parte de los principales intereses contemporáneos

en todas las zonas del mundo. Tras la vivencia de la pandemia del COVID-19, la percepción de los elementos como parte del clima, hace que rememoremos el pensamiento pre-socrático, que, en su búsqueda de la causa original de la vida, propuso el arjé, como noción primordial asociada al aire, el agua y el fuego.

En el **Jardín Asilvestrado**, estas nociones se materializan en el proceso de la autonomía reproductiva de las plantas que están siendo re-naturalizadas. Además de en el acompañamiento que implica una adecuada provisión de agua y la libertad de crecimiento necesaria para que el viento contribuya a esparcir las nuevas semillas, no solamente por el jardín, sino por los espacios a los que estas embajadoras de la vida puedan llegar.

Así mismo, guardando la vocación de los patios coloniales, el Jardín cuenta con una pileta, cuya importancia es vital para la concurrencia de pájaros y mariposas que quisieran beber agua. Para que guarde coherencia con la vida del Jardín, es necesario que el espejo de agua llegue al borde de la pileta, así como cuidar la adecuada reposición del líquido. La pileta del jardín no es solamente un elemento más, sino el centro simbólico y puente de hospitalidad con nuestras queridas visitantes: las aves, las mariposas y nuestra querida gata Campanita.



Capa de los Derechos de la Naturaleza, de los espacios públicos y de las redes de acción social

La muestra “Territorios que sanan” –contexto en el cual se originó la idea y crecimiento del **Jardín Asilvestrado**– creó durante el año 2022 y 2023 una serie de alianzas estratégicas con agentes de cuidado de la salud tradicional del Mercado de San Roque, así como con la Fundación Pumamaqui. Gracias a que el proyecto del jardín creció, esta red de actores sociales ha crecido también, extendiéndose hacia el grupo de acción socio-ecológica Polinizadoras, y abriendo puertas a alianzas estratégicas con nuevos públicos. La idea de transformar espacios verdes domesticados en territorios con sentido plural para la construcción de una cultura silvestre y ciudadana se materializa en el **Jardín Asilvestrado**, como una propuesta novedosa que acciona los Derechos Colectivos y de la Naturaleza y los pone a disposición, transformando al museo, no solamente en un repositorio de la historia, sino en su protagonista y constructor, al transformarse en el primer espacio patrimonial que cuenta con una muestra botánica viva y en pleno desarrollo.

Al tratarse de un espacio en transformación constante, la estacionalidad vinculada a las etapas de crecimiento, floración, defloración, fructificación y vuelta al crecimiento, junto a la observación y propuestas educativas, contribuyen a la reducción de la brecha interepistémica, al motivar la profundización e involucramiento de la ciudadanía con los derechos de los seres no humanos como sujetos políticos, anclando estos conceptos complejos y abstractos en una realidad posible de ser vivida. Al mismo tiempo, se valora la contribución invaluable de los pueblos y nacionalidades del Ecuador para la existencia de este corpus dentro de la Constitución de la República 2008.

La existencia del **Jardín Asilvestrado** entra en consonancia con la aplicación de ordenanzas vigentes en el DMQ, como la Ordenanza de Arbolado Urbano (2022), la Ordenanza de Infraestructura Verde Azul (2023) y la recientemente aprobada Ordenanza de Salud Mental (2024), construidas en conjunto con organizaciones de la sociedad civil, como el Cabildo Cívico de Quito. En todos estos marcos normativos se hace referencia al cuidado y protección de la naturaleza como un componente esencial para el bienestar humano en nuestras ciudades. El impulso de una conciencia ciudadana a favor de la naturaleza ayuda a fortalecer los conocimientos y prácticas políticas propositivas, influyendo, además, en el enfoque de un Museo que hace Historia.

Capa sensorial y de la salud mental

Una de las características clave de un jardín re-naturalizado o asilvestrado es el cambio de la cobertura vegetal. El césped es reemplazado por una

diversidad de especies arbustivas que traen consigo –o nos introducen– a usos comestibles, medicinales, aromáticos, ceremoniales y ambientales, capaces de transportar al ser humano a la exploración de otros sentidos, además de la vista. La presencia de esta capa, vinculada también a los sonidos de los pájaros, del agua en las mañanas y de los sapitos en las noches, nos permiten hacer conciencia de la naturaleza como una educadora que sobrepasa la hegemonía de lo visual, ofreciendo experiencias integrales, capaces de ser aprehendidas, disfrutadas y contempladas por personas con deficiencias en los sentidos convencionales.

Oler, escuchar, tocar y sentir en el **Jardín Asilvestrado** del Museo de la Ciudad hace parte de una experiencia inmersiva en la naturaleza y de una poética del tiempo al alcance de todos y todas. En coherencia con esta línea experiencial se encuentra, por supuesto, la salud mental, concebida en toda su polisemia: como acceso al derecho a la vida, a la construcción del ser, al uso milagroso del tiempo, a un entorno saludable. El **Jardín Asilvestrado** del Museo de la Ciudad es un lugar privilegiado para poner en marcha el cumplimiento de la Ordenanza de Salud Mental, inspirada precisamente en los profundos beneficios que prestan los espacios públicos re-naturalizados para la construcción de una vida mental digna, saludable y re-humanizada.

La reposición, combinatoria y traslado de especies para asilvestramiento en el espacio del Patio Republicano del Museo de la Ciudad se hizo sobre el terreno configurado a la manera de un jardín colonial para fines ornamentales. Inicialmente, el espacio contaba ya con dos árboles patrimoniales: una palmera fénix y un arrayán centenario, tesoros de la memoria natural que se cuidan y preservan. Cada uno de estos árboles se encuentran en su respectivo cuadrante esquinero. Los otros dos cuadrantes que completan los cuatro y que evocan la arquitectura colonial mantienen también a un arrayán y a un arupo en crecimiento.

Dada esta base arquitectónica existente como parte de la arquitectura patrimonial del antiguo Hospital San Juan de Dios y sede del Museo de la Ciudad, cada espacio fue utilizado para construir cuatro temáticas distintas, sobre las que se trabaja a continuación, interseccionando los temas con las capas de saber antes mencionadas.

Cuadrante o contexto de la cara oriental del Pichincha: un mosaico sobre la exuberancia de la naturaleza no domesticada

Esta esquina del jardín fue intervenida a la manera de una metáfora de la cara del Pichincha que no vemos desde la ciudad. Aquella que no fue urbanizada y que enlaza la vegetación de las franjas altitudinales que descienden del páramo hasta los bosques subtropicales observados en Chiriboga, comunidad perteneciente a la parroquia rural de Lloa del Distrito Metropolitano de Quito. Aquí vive actualmente una comunidad de vida

compuesta por 14 especies, entre las que destaca la palma fénix, árbol patrimonial de más de 10 metros de altura. Podemos identificar especies como la mentolada, el heliotropo, el Delphirium y el Ñukchu.

Una comunidad de seres vivos en proceso

Las plantas forman parte de una cadena de comunicación que activa a la naturaleza para llamar a sus polinizadores. La inusual exuberancia de este cuadrante permite que vuelvan a llegar los colibríes, pero también se espera que, en algún momento, todas las especies del jardín hayan completado al menos un ciclo de comunicación y que, gracias al avistamiento de insectos, mariposas y pájaros, se puedan realizar descubrimientos al respecto. Así mismo, en este cuadrante se recibirá al sapito cutín y a las lagartijas negras con la intención de completar la cadena biótica de nutrición permanente del sustrato del jardín. El uso del espacio mantiene un formato abigarrado, pues se desea que nos interroguemos sobre la diferencia de la vida que tienen los seres silvestres en su hábitat natural y la que tienen en la urbe. Si tuviéramos una fotografía aérea, se podría observar la diferencia entre las dos caras del Pichincha: la urbanizada y la que todavía se mantiene silvestre y libre.

La influencia de la Amazonia

Desde el punto de vista cronológico, el siglo XVI marca el antes y el después de lo que fueron los territorios del actual Ecuador. Desde el punto de vista simbólico, el profundo cambio que se produjo supuso el nacimiento de una nueva cultura, en la que la Colonia y sus contradicciones siguen siendo la argamasa de las relaciones sociales y de la interpretación de la ciudad, su entorno e imaginarios. Para los españoles que arribaron a esta parte de América, la búsqueda de oro, aventura y abalengo fue el motor que los llevó a ir en busca de las míticas tierras de El Dorado. Según relatan los datos históricos, la fundación de Quito por Sebastián de Benalcázar habría sido parte de una interpretación de la territorialidad, distinta a la de los relatos épicos. Para los españoles, la fundación de varias ciudades andinas tenía como objetivo establecer lugares de avanzada que les permitiera explorar legítimamente las tierras orientales, que actualmente conocemos como Amazonía. Tal fue la vinculación de la ciudad de San Francisco de Quito con el descubrimiento del río Amazonas, que hasta hoy podemos ver la placa conmemorativa de este hecho en una de las esquinas de la Catedral.

Si bien es cierto la placa fue colocada para construir un imaginario heroico, favorable a la gesta de los españoles, lo cierto es que, sin saberlo, hicieron relevante un hito que, resignificado a lo largo de los siglos, mueve el contenido científico y poético de la importancia de la Amazonía para determinar los cambios en el clima de Quito.

Ligados por el complejo sistema que mueve el agua en sus distintos ciclos, así como por las corrientes de aire y los vientos, el Amazonas, ese río de la selva y de los cielos, es el principal modificador de las lluvias en esta

ciudad. El cuadrante de la cara oriental del Pichincha, además de permitirnos conocer nuevas especies y propuestas para la cobertura vegetal del suelo en espacios públicos, nos propone reflexiones clave sobre el cambio climático, los Derechos de la Naturaleza y las relaciones entre los sabios médicos uvishin shuar, los pikenane huaruani y los yachaks de la Sierra, quienes en algún momento intercambiaron profundos conocimientos a través del uso de las plantas de poder y la expansión de conciencia que provocan.

Encuentros inesperados

Si estas plantas pudieran conversar unas con otras, quizá hablarían de su origen y aventuras. Por ejemplo, el heliotropo, que, siendo una planta nativa de la Audiencia de Quito, viajó en el siglo XVII hasta la corte del Rey Luis XIV, incorporándose a las diversas especies exóticas que Luis deseaba tener como primicia en los jardines de Versalles. El heliotropo nos contaría también del malentendido que esto produjo, al creerse que la ruta fue al revés, es decir, que habría venido de Europa hasta Quito.

La simbalaría de los muros, que caprichosamente decidió crecer a la manera de un singular collar de perlas florales en el esbelto cuello de la palmera Fénix, pudiera hablarnos de los tejados y los muros en los que crecía en los países mediterráneos y de cómo sus semillas llegaron transportadas, sin saberlo, camufladas en cualquiera de los innumerables cacharros que cruzaban los mares en los barcos europeos.

Cuadrante del Arrayán abuelo: mirar al cielo como mira el árbol

En este cuadrante, de aspecto más sobrio, se tuvo cuidado de ofrecer espacio suficiente para las raíces internas del arrayán abuelo, así como para destacar su protagonismo. Este árbol patrimonial se encuentra rodeado principalmente de floraciones de aretes rojos y se destaca la cobertura vegetal de menta africana, que en su etapa de floración tiene flores color violeta. Algunas de las especies que acompañan al arrayán abuelo son las hortensias, la hierba mora, el cartucho, el churiyuyu y el geranio gigante.

Colibríes, polinizadores y mensajeros de los dioses

Además de un polinizador eficaz y sumamente importante en el proceso de des- domesticación de las especies silvestres en contextos urbanos, el colibrí es un auténtico embajador de los dioses. Su presencia en hábitats de toda América lo ha hecho acreedor a la veneración de Mayas, Aztecas, Incas y Mexicas, y se tiene evidencias de que las civilizaciones que precedieron a estos imperios ya habían construido interpretaciones religiosas y espirituales en torno al colibrí.

Entre el amplio panteón de deidades americanas vinculadas al colibrí, se ha podido aislar una idea que las atraviesa a todas arquetipalmente: "lleva el

pensamiento de los hombres de aquí para allá para dialogar entre la muerte, la vida y los latidos del corazón”.

Juegos tradicionales

Además de las especies aromáticas y ornamentales que rodean al Arrayán, se han realizado especiales esfuerzos por dar espacio al sigse, una especie que requiere sombra en sus primeros años de crecimiento. Por ahora se encuentra cubierto por la planta de ashpachocho. No obstante, ya podemos hablar sobre las aventuras de infancia y los juegos con la cometa, una tradición que nos conecta con el cielo y el viento en el verano.

Cuadrante de la comensalidad y hospitalidad

Para este contexto se pensó en dar prioridad a las especies que sirven para alimentar a todas las especies. La idea central es la de la naturaleza como un hogar, como el lugar que presta cobijo y combina la creatividad cultural para aprender a nutrirnos con bien y conciencia. Al igual que en los otros cuadrantes, en este ha sido posible avistar abejorros rojos y blancos, abejas, mariposas, colibríes y una pléyade de polinizadores. Las especies que cobijan la tierra de este cuadrante son, por ejemplo, el camote, la menta africana, la urpi papa y la salvia.

Recetarios y memorias

El tema principal de este cuadrante es definitivamente la cultura gastronómica que toma distancia de la agricultura y se permite devenir silvestre. Este cuadrante nos transporta a la época en que los seres humanos tuvimos una dieta sencilla y en los desafíos que enfrentamos para inventar la agricultura y la domesticación de las plantas. Este diálogo es posible gracias a que en este contexto crecen juntos el Chocho (domesticado) y su especie precedente, el Ashpachocho (silvestre).

La cobertura vegetal a cargo de la menta africana coloca una vez más el toque sensorial aromático y la protección de nuevas semillas. A diferencia de la agricultura, donde se necesita aporcar a la semilla, creando un montículo, la crianza silvestre se realiza a flor de tierra. Es la semilla misma, en contacto con bichos, la lluvia, el viento, la que encuentra su lugar para crecer. A diferencia de las plantas de vivero, aquellas que crecen directamente de una semilla serán mucho más fuertes y con una expectativa de vida mayor.

En este sentido, el cuadrante de la comensalidad, ha sido el más exitoso de los cuatro en el proceso de crecimiento de plantas por semilla propia. Inclusive el árbol de guaba nació de una semilla improvisada que fue transportada a este lugar, por algún visitante del parque, quizá un niño o alguna otra persona, que dejó caer una pepa de guaba en este fértil lugar.

Igualmente, protegida por la sombra, se encuentra una mata de uvillas y la mora de castilla está próxima a fructificar.

Y basta con leer estos nombres para que se nos venga a la memoria recetas de mermeladas, ensaladas, dulces, jugos, aguas de tiempo, tamales, quimbolitos y toda la variedad que podemos crear, así como la llegada de ideas sofisticadas en las que las flores de mastuerzo y achira son protagonistas de exquisitas ensaladas, aromatizadas con la menta de nuestro huerto-jardín.

Para que un espacio sea acogido por aves y polinizadores, como su hogar, el proceso comienza con el envío de un pionero explorador. Luego de que el avanzado ha comprobado que el lugar es estable y que no hay peligro, pasa la voz al resto de compañeros. El devenir de este jardín en hogar ha sido entonces la creación de un colectivo entre cuidadores humanos y otros seres de la naturaleza. Encontrar una tórtola descansando y posiblemente haciendo nido en el joven arrayán de este cuadrante, es la prueba fehaciente de que poco a poco aquí se asienta la vida.

Cuadrante de las especies singulares: los seres únicos

En este espacio se colocó el desafío de ofrecer un lugar para especies diferentes y difíciles de encontrar. Aquí se realizó la siembra y cuidado del mastuerzo de pétalos amarillos, una floración bastante difícil de conseguir y que tomó un año y medio. Además, en este espacio las personas interesadas en el mundo de la ciencia podrán observar el crecimiento de una *Phaedranassea*, sin duda la especie más singular del jardín. Es tal la importancia de esta planta que Rubén Bustamante, coautor junto a la tierra del jardín asilvestrado, no duda en compararla con el cóndor andino. Tal es así la rareza de este ser vegetal, al que se le ofrecen los cuidados necesarios, con la esperanza de que, en su debido momento, inicie su floración, polinización y nacimiento de semilla propia.

De esta manera, varias de las especies que podemos encontrar en este cuadrante son, actualmente, el aguacate, el cholán, el fréjol morado, la *Phaedranassa* y el guantusillo morado, entre otros.



El invisible mundo del sustrato

La capa fértil de la tierra tiene alrededor de 50 centímetros de espesor. En este espacio de la epidermis del planeta, acontece toda la vida, procesos culturales, simbólicos y sociales enlazados a la productividad y a la vida. Conocida como sustrato, en este espacio invisible se desarrollan las redes de comunicación del micelio, de cuyo estudio se desprende la existencia de una comunicación de orden similar al neuronal del reino animal, pero con la capacidad de llevar información inclusive a nivel interespecie. A esta compleja red de información se le debe fenómenos, como la “llamada” que hacen los árboles a especies amigas cuando requieren librarse de alguna plaga o el “auxilio” que en materia de nutrientes y consuelo prestan solidariamente las plantas alrededor de árboles cortados. La destrucción de la capa micelar a través de prácticas extractivistas que sacan árboles de raíz con retroexcavadores es una problemática de gravísimas consecuencias.

Para el cuidado y mejor nutrición del sustrato, en el **Jardín Asilvestrado** nacerán sapitos cutín y lagartijas negras, que acompañarán el trabajo que ya realizan los ciempiés, lombrices de tierra y puerquitos de la humedad.



Polinizadores, embajadores de vida

Los eventos de la vida en el **Jardín Asilvestrado**, implican la creación de un bioma, en el que se responde a la contradicción de hacerlo en el corazón mismo de la urbe. Tomando en cuenta que las ciudades, por lo general, han sido proyectos de vida creados para domesticar a la naturaleza, la presencia de un mundo como este, en el que los colectivos comienzan a afianzarse, trae consigo temas de reflexión. Uno de ellos, es la actual circunstancia de los insectos polinizadores. En el Jardín ya se ha celebrado el avistamiento de varios polinizadores entre mariposas, buecos, abejas, falsas monarcas, colibríes y abejorros.

Al tratarse de un espacio en transformación constante, la estacionalidad vinculada a las etapas de crecimiento, floración, defloración, fructificación y vuelta al crecimiento, junto a la observación y propuestas educativas, contribuyen a la reducción de la brecha interepistémica, al motivar la profundización e involucramiento de la ciudadanía con los derechos de los seres no humanos como sujetos políticos



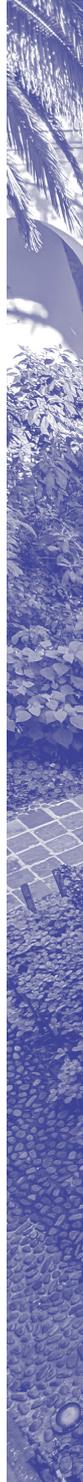


Conclusiones

En el jardín asilvestrado, cada cuadrante tiene una identidad propia, al mismo tiempo que mantiene relaciones colectivas en el contexto de las leyes de la naturaleza. Participan de ese conocimiento tanto los seres vegetales, animales cuanto los seres humanos, siendo nuestra especie la que más ha influenciado –para bien o para mal– en las transformaciones del mundo silvestre.

Desconectados de la ciencia y de los territorios naturales, somos capaces de poner en serio peligro nuestra existencia y la del mundo que nos rodea. Tenemos en nuestras manos una responsabilidad compleja y la oportunidad de darle un giro a la historia de destrucción que ha identificado al Antropoceno. Sabemos que nuestro Jardín es una apuesta diminuta; una gota de agua en el océano. Pero sabemos también –y esto nos lo ha contado el arrayán abuelo– que una neurona es aún más diminuta, pero su papel es vital e irremplazable en el momento de la creación y la toma de decisiones adecuadas.

El **Jardín Asilvestrado** es una apuesta integral: ética, política, renaturalizadora, de la que nos sentimos orgullosos de poder cuidar y ofrecerlo como parte de un Museo de Historia que hace las historias.





Referencias

- Barbadillo, J. (2016). *Manual para observar e interpretar paisajes*. Editorial Tundra.
- Capitel, A. (2005). *La Arquitectura del patio*. Editorial Gustavo Gili.
- Carretero, R. (2019). *Teoría General de los Complejos*. Alianza, Editorial.
- Descola, Ph. (2013). *Más allá de la naturaleza y cultura*. Amorrutu Editores.
- Eggers, C., Juliá, V. (2016). *Los Filósofos Presocráticos*, Tomo 1. Editorial Gredos.
- Escobar, A. (1999). *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Instituto colombiano de Antropología.
- Ferrero de la Vega, A. (2020). *Mecanismos para la arquitectura absolutista. El Jardín de Versalles*. Universidad Politécnica de Madrid.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra.
- Jacobi, J. (2021). Los símbolos en el camino de la maduración, en *El Hombre y sus símbolos*. Paidós.
- Moreno J, Morán N, Benítez S, Ortiz, C. (2011). *Historia del Antiguo Hospital San Juan de Dios*, Tomos I y II. Instituto Metropolitano de Patrimonio y Museo de la Ciudad. Quito, Ecuador.
- Naranjo A, Recalde V, Bravo E. (2019). *De la A a la Z. La situación de las abejas en el Ecuador y el mundo*. Acción Ecológica.
- Ruales C, Cornejo X. (2020). *La Expedición Humboldt y Bonpland en la antigua provincia de Guayaquil en Ecuador*. ABYA-YALA.

Yépez, J. (2011). *El Sentido Plural: relaciones entre los pueblos Negro y Chachi del Norte de Esmeraldas*. FLACSO- ABYA-YALA. Quito, Ecuador.



Entrevistas especializadas

2024, Base de datos cualitativa Museo de la Ciudad, Jardín Asilvestrado, Bustamante Rubén, Fundación Pumamaqui.

2024, Base de datos cualitativa Museo de la Ciudad, Jardín Asilvestrado, Buitrón Ricardo, Fundación Pumamaqui.

2024, Base de datos cualitativa Museo de la Ciudad, Jardín Asilvestrado, Pozo Roberto, Fundación Pumamaqui.

2024, Base de datos cualitativa Museo de la Ciudad, Jardín Asilvestrado, Rodríguez María Elena, Fundación Pumamaqui.

2024, Base de datos cualitativa Museo de la Ciudad, Jardín Asilvestrado, Recalde Valeria, Movimiento Defensa de los Polinizadores.

